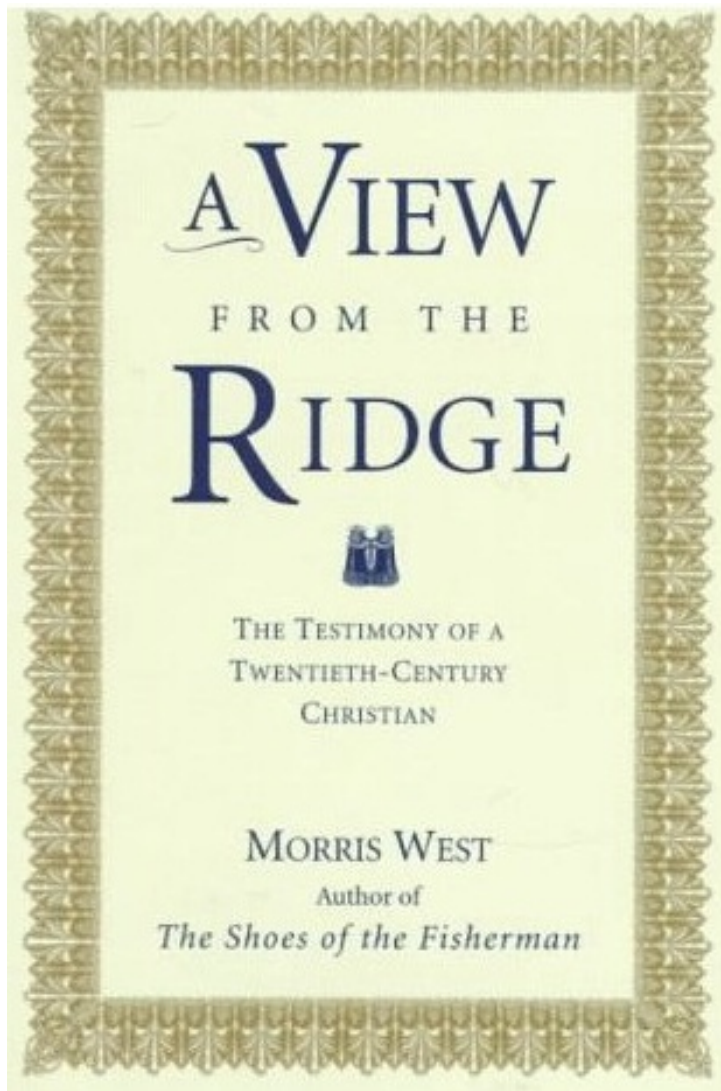


Simplificando Nuestro Vocabulario Espiritual



A punto de cumplir 75 años, el famoso novelista australiano Morris West escribió una serie de ensayos autobiográficos, titulada: “*Una Vista Panorámica desde la Cumbre*”. En el prólogo de ese libro West indica que a los 75 años necesitas tener **solamente una palabra en tu vocabulario espiritual, *gratitud***, y que la madurez se logra precisamente en el momento en que la gratitud comienza a apagar y a cauterizar las heridas en tu vida. West lo describe así: “A mí la vida me ha tratado como trata a todo el mundo, a veces bien, a veces mal, pero he aprendido a ser agradecido por sus dones, por el amor que la comenzó y por los otros amores de los que he sido tan espléndidamente dotado”.

Coincido con West, aunque **hay que añadir que el fruto de esa madurez es el perdón**. Exactamente como el humo sigue al fuego, así el perdón sigue a la gratitud. La gratitud, en última instancia, fortalece y alimenta toda virtud genuina, es el fundamento real de la santidad y la fuente del amor

mismo. Y **su fruto principal es el perdón**. Cuando somos agradecidos, encontramos más fácilmente fuerza para perdonar.

Además, así como la gratitud fortalece la virtud auténtica, **el perdón apoya y fortalece la religión y la moral genuinas**. Así pues, conforme vamos avanzando en edad, podemos **reducir nuestro vocabulario espiritual a tres palabras: ¡Perdonar, perdonar, perdonar!** El envejecer y después morir con un corazón que perdona es el imperativo moral y religioso esencial y definitivo. No habríamos de hacernos ilusiones en esto. Toda la pureza dogmática y moral en el mundo poco hace a nuestro favor si nuestros corazones están amargados y son incapaces de perdonar.

Vemos esto, por ejemplo, en el evangelio, en la **triste figura del hermano mayor del hijo pródigo**. Se planta ante su padre declarando con arrogancia que él nunca se había extraviado ni ido de picos pardos, que siempre había sido fiel, y que siempre había estado en el hogar y había cumplido con el trabajo de la familia. Pero -y ésta es la cuestión- se mantiene fuera de la casa de su padre, incapaz de integrarse a la alegría, la celebración, el banquete, el baile. Él todo lo ha hecho bien, pero su corazón amargado le impide entrar en la casa de su padre, precisamente en la misma medida en que las andanzas lujuriosas llevaron a su hermano menor fuera de ese mismo hogar. La fidelidad religiosa y moral, cuando no está enraizada en la gratitud y el perdón, no es suficiente, ni mucho menos. **Esa fidelidad fría puede dejarnos fuera de la casa del padre, tanto como el pecado y la infidelidad**. Como Jesús nos enseña convincentemente en la oración del Padre Nuestro, una condición no-negociable para lograr el paraíso es el perdón, especialmente nuestro perdón a los que nos han ofendido.

Pero la lucha por perdonar a otros no es fácil, y nunca debe trivializarse ni predicarse a la ligera. Pienso que el esfuerzo por perdonar es nuestra lucha mayor, tanto psicológica, como moral y religiosa. No resulta fácil perdonar. Todo nuestro interior protesta. Cuando se nos ha agraviado, cuando hemos sufrido una injusticia, cuando alguien o algo nos ha tratado injustamente, dentro de nosotros mismos mil mecanismos de defensa, físicos y psicológicos, comienzan a cerrarse en banda, a desconectar, a congelarse, a auto-protegerse y a vociferar a gritos en protesta, ira, y rabia. El perdón no es algo que simplemente podemos querer y hacer que acontezca. Como dijo una vez el famoso científico y teólogo francés Pascal, **el corazón tiene sus razones**. También tiene sus ritmos, su paranoia, sus puntos fríos y amargos, y siente la necesidad de acordonarse contra cualquier cosa que le haya herido.

Por otra parte, todos nosotros nos hemos sentido heridos. Nadie llega a la adultez con su corazón plenamente intacto. Sea en dosis suaves o en dosis traumáticas, todos hemos sido tratados injustamente, violados, heridos, ninguneados, no honrados adecuadamente, e injustamente marginados. **Todos acarreamos heridas y, junto con ellas, cargamos también algunos enojos, algunas amarguras**, y algunas áreas en las que no hemos perdonado.

El punto fuerte del mejor libro de **Henri Nouwen**, *“El Regreso del Hijo Pródigo”*, consiste precisamente en que señala con clarividencia tanto los rincones fríos y escondidos de nuestros corazones como la lucha gigante necesaria para proporcionar calor y perdón a esos mismos rincones. Gran parte de la ligereza o de la pesadez en nuestros corazones, casi todos los matices de nuestro talante, están dictados, de modo inconsciente, sea por el perdón o por el no-perdón en nuestro interior. **El perdón es el profundo secreto hacia la alegría**. Es también el imperativo esencial.

Andrew Greeley, sacerdote americano y escritor de best-sellers, al escribir una reseña del libro “*Las Cenizas de Ángela*”, de Frank McCourt, alabó al autor por su brillantez literaria, pero, por ser incapaz de perdonar, le retó con algo por este estilo: “De acuerdo, tu vida ha sido injusta. ¡Tu padre era alcohólico, tu madre no te protegió de los malos efectos de la adicción de tu padre, creciste en extrema pobreza y sufriste una serie de mini-injusticias bajo los servicios sociales irlandeses, la iglesia irlandesa, el sistema educativo irlandés y el clima atmosférico irlandés! Bueno, permíteme unos consejos: **Antes de morir, ¡perdona!** Perdona a tu padre por ser alcohólico, perdona a tu madre por no haberte protegido, perdona a la iglesia por sus fallos para contigo, perdona a Irlanda por su pobreza, su lluvia y sus malos maestros que te impuso, perdónate a ti mismo por los fracasos de tu propia vida; y entonces, perdona a Dios, porque la vida es injusta... de modo que **no mueras enfadado y amargado**, ya que ése es realmente el imperativo moral más importante”.

¡Qué cierto es! ¡Y menudo reto!

Ron Rolheiser (Trad. Carmelo Astiz, cmf)

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/simplificando-nuestro-vocabulario-espiritual